

Contra la discriminación de las preguntas

CATALINA URIBE RINCÓN



YA EMPEZÓ EL MES DEL ORGULLO LGBTI+ y con éste las perlas de periodistas y encuestadoras. Caracol Radio le preguntó a su audiencia si cree que la homosexualidad se puede curar como una enfermedad. La pregunta sufre de una doble falla: está viciada y es viciosa. Está viciada porque enmarca el debate en una postura errónea de que la homosexualidad es una enfermedad. Es viciosa porque moviliza prejuicios taquilleros a costa de la discriminación caprichosa.

Estas interrogaciones se escudan en que

no hay pregunta mala. Pero sí las hay. Por ejemplo, es una mala pregunta indagar si se cree que las mujeres menstruantes pueden ir o no a trabajar porque no hay relación entre la menstruación y la capacidad de trabajo. Es malintencionada porque busca alborotar las creencias de que las mujeres son débiles y tienen menos capacidad de juicio debido a los cambios de sus cuerpos. La pregunta también podría sugerir que la menstruación es contaminante y expande enfermedades.

Pero ni la menstruación es tóxica, ni la homosexualidad es una enfermedad. A las personas no las aqueja la homosexualidad sino el odio que sus sociedades les arrojan. Y ahora en junio deberíamos iniciar una campaña para denunciar públicamente por discriminación a todos los medios que sigan insistiendo en preguntas maliciosas, que no van

al punto, que afianzan prejuicios y que inducen ideas discriminatorias sobre minorías.

No podemos seguir preguntando: ¿se sentiría incómodo sentándose al lado de un homosexual? Porque la respuesta es no, no puede sentirse incómodo porque no hay razón para hacerlo. Y si se siente incómodo, hay algo mal, pero no en la persona homosexual sino en usted. Preguntar si un homosexual le genera incomodidad es como preguntar si una persona negra le genera incomodidad. Si ese es el caso, usted sufre de racismo y tiene que tratar su animadversión. Podemos generar rechazo por lo que las personas hacen como robar o matar. Pero no podemos rechazarlas por lo que son. Al rechazar a alguien por lo que es, no buscamos corregir o anular su acción, sino corregir o anular su existencia. La distinción es inmensa.

Realidad

JOSÉ FERNANDO ISAZA



LA REALIDAD HISTÓRICA NO ES necesariamente la que ocurrió, sino la que narran los novelistas. El cuento de Henry James *Otra vuelta de tuerca* devela la hipocresía de la época victoriana; los niños y las niñas tienen sexualidad, los fantasmas son seres eróticos, no sería tolerable que fuera el personal de servicio el encargado de la orientación y satisfacción sexual de los adolescentes. Luego de publicada la obra de James, los humanistas y los historiadores se ocupan de la sexualidad durante la época victoriana; la imagen que prevalece es la del cuento de James.

La Revolución francesa está narrada en la novela *Historia de dos ciudades*, de Dickens, donde lo real y lo imaginario quedan entrelazados; para muchos la Revolución francesa ocurrió tal como la narra el novelista. Para los griegos la guerra de Troya se desarrolló como la describe Homero, combates en los que participan los dioses. Las ruinas de Troya muestran que la muralla era poco más que un pequeño muro, y los palacios no eran mayores que un apartamento de clase media. Es el mito el que conserva la historia. Con algo de razón se dice que la imaginación de los juglares que inspiraron a Homero era similar a la del compositor de "Bello puerto del mar, mi Buenaventura". Los ejemplos pueden multiplicarse indefinidamente. Para Diana Uribe un hecho histórico, por significativo que haya sido, pasa desapercibido si no existe una película, una novela y una canción alusiva.

El 20 de julio de 1810 no se limitó a los reclamos de una clase privilegiada gracias a la participación popular, liderada por José María Carbonell, olvidado por los historiadores oficiales, rescatado por Indalecio Liévano, pero nuevamente llevado al olvido. La novela de Juan Álvarez *La ruidosa marcha de los mudos* describe la vida de este héroe de la Independencia ahorcado por las autoridades españolas el 19 de junio de 1816. La parte histórica de la novela está basada en el *Diario de la Independencia*, de José María Caballero, socio y administrador de una chichería, quien con buen olfato y buena letra describe lo que oye y lo que pasa en Santa Fe de Bogotá desde 1808 a 1817; los conspiradores con algo de licor olvidan la prudencia.

Las nuevas generaciones podrán acercarse más a la historia de esos días de la Independencia y a sus protagonistas injustamente olvidados gracias al novelista. El diario fue censurado poco antes del centenario de la Independencia, pues cuando fue publicado le arrancaron las páginas del 20 al 22 de julio de 1810. La tradición oral dice que el 20 de julio lo llamó "La noche de los negros", en lugar del relato oficial del florero de Lorente. En una reciente edición (2010) del diario tampoco aparecen los hechos del 20 al 22, dice: "Falta una hoja del original; contiene ella lo relativo al 20 y 21 de julio y parte del 22".

A la pregunta ¿qué origina el narcotráfico en Colombia?, Juan Gabriel Vásquez, en su novela *El ruido de las cosas al caer*, da una respuesta creíble y apartada de las explicaciones oficiales: dice que fueron los Cuerpos de Paz, jóvenes que habían participado en la guerra de Vietnam y allí consumieron marihuana, cuando llegaron a Colombia quienes enseñaron, además de otros oficios, a cultivar las plantas que les permitían mantener sus adicciones. Sus contactos en Estados Unidos le abrieron campo a la comercialización en ese creciente y bien remunerado mercado. Hoy, además de las novelas, las series de TV tienden a construir la realidad histórica.

Osuna



Miguel Uribe, continuador silencioso

Se nos pegó la aguja

YOLANDA RUIZ



ES POSIBLE QUE LOS MILLENNIALS NO tengan claro lo que significa la expresión "se le pegó la aguja". La usábamos los que crecimos escuchando música en discos de vinilo cuando la aguja que se encargaba de leer los surcos que traían la magia del sonido comenzaba a brincar y se repetía una y otra vez el mismo acorde o la misma palabra. El disco estaba rayado o la aguja se pegaba. Es buena metáfora para describir lo que pasa con el debate público en Colombia. Se nos pega la aguja con asuntos que se vuelven emblemáticos, aunque al entrar a analizarlos con cabeza fría no son en realidad de tanto calado como parecen por la cantidad de tiempo que les dedicamos. Es lo que nos pasa por estos días con el caso *Santrich*: se nos pegó la aguja.

Mientras en el país grandes problemas de fondo no logran convocar a la prensa, a los líderes ni a las audiencias, estamos dedicados a un personaje sobre quien pesa una acusación y una solicitud de extradición. Ni es el único ni es el primero en esas condiciones. Con seguridad no será el último, pero por cuenta de los intereses políticos quedó convertido en el

caballito de batalla para todos los debates. Su imagen es también la evidencia de que nos quedamos con la aguja pegada entre los del Sí y los del No en el plebiscito. De poco sirvió que luego se sentaran los voceros de lado y lado a buscar nuevos acuerdos, porque es como si esos ajustes no se hubieran hecho y seguimos en las mismas. Mientras vivimos en el pasado y nos dedicamos a escudriñar la vida y milagros del que tal vez delinquirió y de otros que no aparecen y deberían salir ya del proceso, no vemos a los 10.000 exguerrilleros que siguen firmes cumpliendo lo pactado.

Si no logramos pasar esa página y encontrar causas de país que estén por encima de eso, podemos comprometer el futuro de todos. La economía se puede resentir, como dijo el gerente del Banco de la República, y lo peor es que hay sectores extremos interesados en que sigan la guerra y la violencia porque viven de eso, porque ese es su negocio. Mientras la aguja sigue pegada, tenemos toneladas de basura inundando las playas de Puerto Colombia y cuando comienzan a limpiar notamos que buena parte de los desechos son árboles talados que evidencian un arboricidio aguas arriba en las riberas del Magdalena. Eso es una tragedia monumental. Mientras la aguja sigue pegada, no definimos cuál es el país que queremos en materia de desarrollo sostenible y dejamos que los municipios y la nación se

trecen en batallas jurídicas.

Mientras la aguja sigue pegada, asesinan niños todos los días. Mientras la aguja sigue pegada, la Contraloría alerta por nuevas denuncias en el Plan de Alimentación Escolar. Lo he dicho mil veces y lo repito: si no logramos poner a los niños primero, como manda la Constitución, todo lo demás se queda sin sentido. ¿Habrá algo más grave que no poder garantizarles su seguridad, su comida, su futuro? El indignómetro alcanza apenas para la feria de lamentaciones en redes porque la aguja sigue pegada en el mismo tema una y otra vez.

Estoy convencida de que en todos, todos los sectores hay líderes con buenas intenciones que de verdad quieren trabajar por un mejor país. Sin embargo, los que suelen llevar la batuta y nos pegan la aguja son los expertos en calentar los ánimos, polarizar y no avanzar, porque eso da réditos políticos y estamos en año electoral. Los medios de comunicación y los ciudadanos deberíamos buscar y potenciar a esos líderes sociales y políticos que con discreción hacen la tarea, lanzan propuestas, intentan construir y avanzar. Esos liderazgos que aportan son los que necesitamos en este punto y hora para levantar el brazo que tiene la aguja pegada y poner a sonar otra música, a otro ritmo y de otra manera. Que la música suene hacia adelante y no con el disco rayado del pasado.